

MEDITACIONES PARA TIEMPOS DIFÍCILES

*«Cuando comience a suceder esto, tengan ánimo y levanten sus cabezas porque está por llegar la liberación»
(Lc. 21, 28)*

*«Les digo esto para que encuentren la paz en mí.
En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan ánimo: yo he vencido al mundo»
(Jn. 16, 33)*

Cuando pasan ciertas cosas, en la Iglesia y en el mundo, es lógico que nos preocupemos y suframos. Al menos nosotros no las habíamos vivido así tan agudamente y nos parece absurdo que sucedan después de veinte siglos de cristianismo. Pareciera incluso que la misma vida de los cristianos fuera perdiendo su eficacia evangélica y dejara de ser *«sal de la tierra y luz del mundo»* (Mt. 5, 13-16).

Los hombres se matan entre hermanos. Abundan los secuestros y las muertes, los odios, la persecución y la violencia. Todo esto engendra miedo y desconfianza, angustia, tristeza y pesimismo. ¿Por qué suceden estas cosas? ¿No habrá alguien que pueda arrancarnos de la tentación de la violencia y de la paralizante sensación del miedo?

En el interior mismo de la Iglesia –prototipo hasta ahora de lo sagrado e intangible, de lo único verdaderamente sólido y estable– se introduce la contestación y la crítica, la desunión entre los cristianos, el riesgo del secularismo y la politización del Evangelio, la desorientación de muchos, la pérdida de la propia identidad en la vida consagrada, el peligro de quebrar la unidad en la doctrina y la disciplina. ¡Y todo a nombre de Jesucristo y por fidelidad a su Evangelio!

Mientras otros, con lamentable superficialidad, acusan a la Iglesia de haberse desviado de su esencial misión evangelizadora. Sin comprender que la Iglesia, en la línea de Cristo, el enviado del Padre, ha sido consagrada por el Espíritu para anunciar la Buena Nueva a los pobres, la libertad a los cautivos y la vista a los ciegos (Lc. 4, 18). La Iglesia debe anunciar explícitamente a Jesucristo el Salvador y la llegada de su Reino, llamar a los hombres a la conversión y la fe, transformar al hombre y la humanidad entera (Evangelii nuntiandi, 18). Pero la evangelización *«no sería completa si no se tuviese en cuenta la íntima conexión entre el Evangelio y la vida concreta, personal y social, del hombre»* (ib., 29).

Indudablemente vivimos tiempos difíciles. Es inútil lamentarlo. Más inútil todavía, y más desastroso, querer ignorarlo como si todo marchara bien, o dejarse definitivamente aplastar como si nada pudiera superarse.

Cuando en el interior de todo esto – lo sabemos infaliblemente por la fe – está Dios conduciendo la historia, está Cristo presidiendo su Iglesia, está el Espíritu Santo engendrando en el dolor los tiempos nuevos para la creación definitiva. Aunque cueste creerlo, es irreversiblemente cierto – tanto en lo personal como en la vida de nuestras comunidades – que *«el que vive en Cristo es una nueva criatura: lo antiguo ha desaparecido, un ser nuevo se ha hecho presente, y todo esto procede de Dios, que nos reconcilió con Él por intermedio de Cristo»* (2 Cor. 5, 17-18).

Por eso hace falta meditar otra vez sobre la esperanza. Pero muy sencillamente. Sin hacer ahora un análisis demasiado técnico de la Palabra de Dios, ni pretender estudiar a fondo – histórica y sociológicamente – la raíz de los males. Esto lo harán otros con mayor competencia; es necesario que lo hagan.

Yo quiero simplemente ofrecer algunas reflexiones, partiendo del dolor actual, a la luz de la Palabra de Dios. Es decir empezar una meditación sencilla que ayude, por una parte a asumir la realidad actual, dolorosa y lacerante, y por otra a descubrir aquí la providencia del Padre, el paso del Señor por la historia y la actividad incesantemente recreadora del Espíritu Santo.

Por eso no se hace aquí un estudio exhaustivo sobre la situación actual ni se analizan todos los textos de la Escritura Sagrada. Es sólo una meditación en voz alta – que ayude a todos a quitarnos un miedo que paraliza y a dejarnos invadir por el Espíritu de la fortaleza que nos hace testigos y mártires – sobre la esperanza cristiana para los tiempos difíciles.

En definitiva es esto: ver cómo los tiempos difíciles pertenecen al designio del Padre y son esencialmente tiempos de gracia y salvación. Ver, además, cómo vivió Jesús los tiempos difíciles – esenciales a su misión redentora – y cómo los superó por el misterio de la Pascua. La Carta Magna de Jesús para vencer los tiempos difíciles es el Sermón de la Montaña. El momento cumbre es su muerte en la cruz y su resurrección. Su exhortación principal es el llamado al amor universal, al espíritu de las bienaventuranzas y a la fecundidad de la cruz. Así Jesús nos abre el camino para vivir con amor y gratitud los tiempos difíciles, y convertirlos en providenciales tiempos de esperanza.

Como se trata de una meditación, yo quisiera terminar esta introducción con tres textos claros y simples: del Profeta, del Apóstol, de Cristo.

Isaías -Profeta de la esperanza- nos dice en nombre del Señor: *«Fortaleced las manos débiles, afianzad las rodillas vacilantes. Decid a los de corazón intranquilo: ánimo, no temáis, mirad que vuestro Dios vendrá y os salvará»* (Is. 35,3-4).

En los Hechos leemos esta frase dicha por el Señor a San Pablo, el Apóstol de la esperanza: Una noche, el Señor dijo a Pablo en una visión: *«No temas, sigue predicando y no te calles. Yo estoy contigo. Nadie pondrá la mano sobre ti para dañarte»* (Hch. 18,9-10).

Finalmente Cristo -«nuestra feliz esperanza» (Tit 2,13)- nos recomienda serenidad y fortaleza para los inevitables y providenciales tiempos difíciles: *«¿por qué tienen miedo? ¿Cómo no tienen fe?»* (Mc. 6,50).

¡Qué necesario, para los tiempos difíciles, es tener seguridad de que Jesús es el Señor de la historia que permanece en su Iglesia hasta el final y que va haciendo con nosotros la ruta hacia el Padre! ¡Qué importante es recordar que precisamente para los tiempos difíciles Dios ha comprometido su presencia! *«Vayan, anuncien el Evangelio a toda la creación. Yo estaré siempre con ustedes hasta el final del mundo»* (Mc. 16,15; Mt. 28,20). *«Serán odiados por todos a causa de mi Nombre. Pero ni siquiera un cabello se les caerá de la cabeza»* (Lc. 21,12-18).

I. «DISPUESTOS A DAR LA RAZÓN DE LA ESPERANZA» (1 PE. 3, 15)

«El pueblo que andaba a oscuras vio una luz intensa. Sobre los que vivían en la tierra de sombras, brilló una luz. Acrecentaste el gozo, hiciste grande la alegría» (Is. 9, 1-2)

En la Nochebuena la liturgia nos invita así a la alegría y la esperanza. Así describe Isaías, en la oscuridad dolorosa de los tiempos difíciles, la venida de Cristo que es la Luz, la Paz, la Alianza. *«Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado... Se llamará Príncipe de la paz»* (Is. 9, 5).

Jesucristo vino para anunciarnos la paz: *«Porque Cristo es nuestra Paz... El vino a proclamar la Buena Noticia de la paz, paz para ustedes que estaban lejos, paz también para aquellos que estaban cerca»* (Ef. 2, 14-18). Vino, sobre todo, para traernos la paz como fruto de su Pascua: *«les dejo mi paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo. No se turbe su corazón ni tengan miedo»* (Jn. 14, 27). La paz que nos trae Cristo es siempre fruto de una cruz. Cristo *«pacífica por la sangre de su cruz»* (Col. 1, 20).

Todo el Evangelio es una invitación a la serenidad interior, a la concordia ordenada de los pueblos, a la alegría de la caridad fraterna: «*Lo que yo les mando es que se amen unos a otros*» (Jn. 15, 17).

Pero el Señor siempre anunció tiempos difíciles: para Él y para nosotros. Nunca predijo a sus discípulos tiempos fáciles o cómodos. Al contrario, les exigió una opción muy clara por la pobreza, el amor fraterno y la cruz. «*Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame*» (Lc. 9, 23). Al escriba que se sintió superficialmente tentado a seguirle, Jesús le respondió: «*Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos; pero el Hijo del Hombre no tiene dónde apoyar la cabeza*» (Mt. 8, 19-20).

Jesús es «*signo de contradicción*» (Lc. 2, 34). El cristiano sigue su camino: «*no es más el siervo que su amo, ni el enviado más que el que lo envía*» (Jn. 13, 10). Por eso, la pasión del Señor tenemos necesariamente que vivirla todos nosotros y asumir con serenidad y gozo las exigencias de nuestra entrega: «*Si el mundo los odia, sepan que antes me ha odiado a mí... Acuérdense de lo que les dije: el servidor no es más grande que su Señor. Si me persiguieron a mí, también los perseguirán a ustedes*» (Jn. 15, 18-20).

Todo esto, sin embargo, queda iluminado con una nota de esperanza realista: «*Les aseguro que van a llorar y se van a lamentar; el mundo, en cambio, se alegrará. Ustedes estarán tistes, pero esa tristeza se convertirá en gozo*» (Jn. 16, 20).

Siempre fue útil y necesario que hubiera hombres pobres y fuertes –con capacidad de presentir en la noche la proximidad de la aurora, porque viven abiertos a la comunicación de la Luz– que transmitieran a sus hermanos la seguridad de la presencia del Señor y de su inmediata venida: «*Yo estaré siempre con ustedes hasta el fin del mundo*» (Mt. 28, 20). «*Si, voy a llegar enseguida*» (Ap. 22, 20).

Pero hoy hacen falta más que nunca profetas de esperanza. Verdaderos profetas –hombres enteramente poseídos por el Espíritu Santo– de una esperanza verdadera. Es decir, hombres desinstalados y contemplativos que saben vivir en la pobreza, la fortaleza y el amor del Espíritu Santo, y que por eso se convierten en serenos y ardientes testigos de la Pascua. Que nos hablan abiertamente del Padre, nos muestran a Jesús y nos comunican el don de su Espíritu. Hombres que saben saborear la cruz como San Pablo (Gál. 6, 14; Col. 1, 24), y por eso se arriesgan a predicar a sus hermanos que la única fuerza y sabiduría de Dios está en Cristo crucificado (1 Cor. 1, 23-24). La sabiduría y potencia de los hombres no cuentan: sólo cuenta la fecundidad de la cruz. Todo lo demás es necedad y fracaso en lo definitivo de Dios. Cristo se ha hecho para nosotros «*sabiduría y*

justicia, santificación y redención» (1 Cor. 1, 30).

Cuando todo parece que se quiebra – en el interior de la Iglesia o en el corazón de la historia –, surgen para el mundo la alegría y la esperanza. La esperanza cristiana nace de lo inevitable y providencialmente absurdo de la cruz. «*Era necesario pasar todas estas cosas para entrar en la gloria*» (Lc. 24, 26).

Pero la esperanza cristiana es activa y exige paciencia y fortaleza. Sólo los pobres – los desposeídos y desnudos, los desprovistos según el mundo, pero totalmente asegurados en el Dios que no falla – pueden esperar de veras.

Los tiempos nuestros, en la Iglesia y en el mundo, son muy difíciles. Por eso mismo son bien evangélicos. Significa «*que el reino de Dios está cerca*» (Lc. 21, 31). Es ahora cuando el cristiano verdadero está llamado «*a dar razón de su esperanza*» (1 Pe. 3, 15); es decir, a penetrar por la fe y el Espíritu Santo en el escándalo de la cruz y sacar de allí la certeza incommovible de la Pascua para comunicarla a otros.

En los tiempos difíciles abunda el miedo, la tristeza, el desaliento. Entonces se multiplica la violencia. La violencia es signo del oscurecimiento de la verdad, del olvido de la justicia, de la pérdida del amor. Los períodos en que se multiplica la violencia son los más miserables y estériles. Revelan claramente que falta la fuerza del espíritu; por eso se la intenta sustituir con la imposición absurda de la fuerza.

Hoy vivimos tiempos de desencuentro y de violencia. Tiempos, sobre todo, en que cada uno se siente con derecho a hacer justicia por su propia cuenta, porque cree que es el único que posee la verdad absoluta, que es enteramente fiel al Evangelio y el único que lucha por los derechos humanos.

Precisamente es éste, en los tiempos difíciles, uno de los más graves riesgos: creer que uno ha alcanzado ya definitivamente a Cristo. Lo cual es una negación de la esperanza, en la sicología y espiritualidad de San Pablo: «*Esto no quiere decir que haya alcanzado la meta ni logrado la perfección, pero sigo mi camino con la esperanza de alcanzarla, habiendo sido yo mismo alcanzado por Jesucristo. Hermanos, yo no pretendo haberlo alcanzado... corro para alcanzarlo*» (Flp. 3, 12-14).

Otra dificultad sería para los tiempos difíciles, es la conciencia derrotista de que es imposible superarlos. Es la pérdida fundamental de la esperanza. La tiene el político y el religioso, el hombre maduro y el adolescente, el joven obrero y el universitario. Santo Tomás define el objeto de la esperanza como un bien futuro, arduo pero posible de alcanzar (S. Th. 1, 2, 40, 1; 2, 2, 17, 1).

Por eso es más que nunca necesaria hoy una simple meditación sobre la esperanza. No con ánimo de consolar a los superficiales o adormecer su conciencia, sino con deseos de alentar a los audaces, particularmente a los jóvenes. Es a ellos, sobre todo, a quienes corresponde rescatar la tradición y construir el mundo nuevo en la esperanza. «*Jóvenes, les escribo porque ustedes son fuertes y la Palabra de Dios permanece en ustedes, y ustedes vencieron al maligno*» (1 Jn. 2, 14).

Pienso, mientras escribo, en todos los cristianos: los que por la misericordia del Padre, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, han sido reengendrados a una esperanza viva (1 Pe. 1, 3). Particularmente en aquellos que han sido providencialmente marcados por la cruz y son llamados a dar testimonio de Jesús en pobreza extrema, en persecución, en cárceles y muerte. Pienso de modo especial en los obispos y sacerdotes que, por definición, son los primarios testigos de la Pascua (Hch. 1, 8) y, por consiguiente, los esenciales profetas de la esperanza. Pienso particularmente también en los religiosos y religiosas (en todas las almas consagradas) que por vocación específica anuncian el reino definitivo. Ellos son, por elección divina, serenos y luminosos profetas de esperanza.

No pienso exclusivamente en un país o continente determinado. Miro más ampliamente al mundo y a la Iglesia que sufren. Sufren el Papa y los obispos, los sacerdotes y los laicos, los religiosos jóvenes y los adultos, los pueblos hambrientos y agobiados, los estadistas y el hombre simple de la calle.

Son tiempos difíciles y humanamente absurdos. Pero hay que saber descubrir, saborear y vivir con intensidad la fecundidad providencial e irrepetible de esta hora. No es la hora de los débiles o cobardes – de los que han elegido a Cristo por seguridad de la salvación o por la recompensa del premio – sino de los fuertes y audaces en el Espíritu. De los que han elegido al Señor por el honor de su nombre, la alegría de su gloria y el servicio a los hermanos. Es la hora de los testigos y los mártires.

Que no nos asusten los sufrimientos; quedan iluminados en la esperanza de los tiempos nuevos: «*pienso que los sufrimientos del tiempo presente no pueden compararse con la gloria futura que se manifestará en nosotros*» (Rom. 8, 18).

Pero no se trata de vivir resignadamente en la espera ociosa de los tiempos nuevos, sino de irlos cotidianamente preparando en la caridad y la justicia. Tiempos de paz, cuya característica sea «*la alegría del Espíritu Santo*» (1 Tes. 1, 6). El Dios de todo consuelo «*nos reconforta en todas nuestras tribulaciones, para que nosotros podamos dar a los que sufren el mismo consuelo que recibimos de Dios. Porque así*

como participamos abundantemente de los sufrimientos de Cristo, también por medio de Cristo abunda nuestro consuelo... Tenemos una esperanza bien fundada» (1 Cor. 1, 3-7).

Para los tiempos difíciles, hace falta la esperanza. Pero la esperanza firme y creadora de los cristianos que se apoya en «*el amor del Padre, manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor*» (Rom. 8, 39) y que exige en nosotros la pobreza, la contemplación y la fortaleza del Espíritu Santo.

San Pedro exhorta a los cristianos de su tiempo: «*¿Quién puede hacerles daño si se dedican a practicar el bien? Felices ustedes, si tienen que sufrir por la justicia. No teman ni se inquieten: por el contrario, glorifiquen en sus corazones a Cristo, el Señor. Estén siempre dispuestos a defender delante de cualquiera que les pida razón de su esperanza*» (1 Pe. 3, 13-15).

II. «CRISTO JESÚS, NUESTRA ESPERANZA» (1 TIM. 1, 1)

Una sencilla meditación sobre la esperanza tiene que empezar siendo una simple contemplación de Jesucristo «*nuestra feliz esperanza*» (Tit. 2, 13). Sobre todo en su misterio pascual; es allí donde Jesús superó definitivamente los tiempos difíciles. Por eso ahora la Iglesia vive apoyándose en la cruz y canta la seguridad de su esperanza: «*Salve, oh cruz, nuestra única esperanza*» (Himno de Vísperas en la Pasión). Por la cruz nos lleva definitivamente a la resurrección: «*Resucitó Cristo, mi esperanza*» (Secuencia de Pascua).

Interesa, sobre todo, ver cómo Cristo venció los tiempos. Porque lo importante en Él es que no vino a suprimir los tiempos difíciles, sino a enseñarnos a superarlos con serenidad, fortaleza y alegría. Como no vino a suprimir la cruz, sino a darle sentido.

Cristo nace en la plenitud de los tiempos difíciles. Allí está María. Viene para traernos la libertad y hacernos hijos del Padre en el Espíritu (Gál. 4, 4-7). La plenitud de los tiempos, en el plan del Padre, está marcada por la plenitud de lo difícil: conciencia aguda del pecado, la opresión y la miseria, deseo y esperanza de la salvación. Es cuando nace Jesús.

Lo primero que nos revela Jesús – como camino para superar los tiempos difíciles – es el amor del Padre y el sentido de su venida: «*Tanto amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo único para que todo el que cree en él no muera, sino que tenga la vida eterna. Porque Dios no envió a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él*» (Jn. 3, 16-17).

Por eso, cuando nace Jesús, el Ángel anuncia la alegría y la esperanza: «No tengan miedo, porque les anuncio una gran alegría para ustedes y para todo el pueblo. Hoy, en la ciudad de David, les ha nacido un Salvador, que es el Mesías, el Señor» (Lc. 2, 10-11).

Cristo vino para hablarnos abiertamente del Padre (Jn. 16, 25), introducirnos en los misterios del reino (Mt. 13, 11) e indicarnos el camino para la felicidad verdadera (Mt. 5, 1-12). Las bienaventuranzas son ahora el único modo de cambiar el mundo y la manifestación más clara de que los tiempos difíciles pueden convertirse en tiempos de gracia: «Este es el tiempo favorable, éste es el día de la salvación» (2 Cor. 6,2).

Cuando Jesús quiere enseñarnos a vivir en la esperanza y a superar así los tiempos difíciles siempre nos señala tres actitudes fundamentales: la oración, la cruz, la caridad fraterna. Son tres modos de entrar en comunión gozosa con el Padre. Por eso son tres modos de sentirnos fuertes en Él y experimentar la alegría de servir a nuestros hermanos. Pero, en definitiva, la actitud primera y esencial para vivir y superar los tiempos difíciles es la confianza en el amor del Padre: «El mismo Padre los ama» (Jn. 16, 27).

El camino para los tiempos difíciles, en Jesús, no es el miedo, la insensibilidad o la violencia. Al contrario: es la alegría del amor («amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores», Mt. 5, 44), es el equilibrio y fortaleza de la oración («Recen para no caer en la tentación», Mt. 26, 41), es la serenidad fecunda de la cruz («si el grano de trigo muere, da mucho fruto» Jn. 12, 24).

La historia marcaba la plenitud de los tiempos difíciles cuando nació Jesús. Su encarnación redentora fue la realización de la esperanza antigua y el principio de la esperanza nueva y definitiva. Desde que nació Jesús – sobre todo, desde que glorificado a la derecha del Padre envió sobre el mundo su Espíritu – vivimos nosotros el tiempo de la esperanza. Será definitivamente consumado cuando Jesús vuelva para entregar el reino al Padre (1 Cor. 15, 25-28).

San Pablo lo resume admirablemente en un texto que leemos, muy significativamente, en la liturgia de Nochebuena: «Se manifestó la gracia de Dios, fuente de salvación para todos los hombres, que nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad en el tiempo presente, aguardando la feliz esperanza y la manifestación de la gloria del gran Dios y Salvador Nuestro Señor Jesucristo el cual se entregó por nosotros» (Tit. 2, 11-14).

Es decir, que la esperanza brilla para el mundo cuando Jesús nace y muere por los hombres. El camino y la seguridad de la esperanza son muy distintos en



el plan de Dios y en los cálculos humanos. La esperanza, en el misterio de Cristo, empieza siendo humillación, anonadamiento y muerte; por eso el Padre lo glorificará y le dará un nombre superior a todo nombre (Flp. 2, 7-9).

Cristo sintió miedo, tristeza y angustia, ante la inminencia de los tiempos difíciles. «Comenzó a entristecerse y angustiarse» (Mt. 26, 37). «Comenzó a sentir temor y a angustiarse» (Mc. 14, 33). Es un temor, una angustia, una tristeza de muerte. Busca superar el momento difícil en la intensidad serena de la oración como comunión gozosa con la voluntad del Padre: «En medio de la angustia, Él oraba intensamente, y su sudor era como gotas de sangre que corrían hasta el suelo» (Lc. 22, 39-44).

Pero el Señor siente la importancia, la fecundidad y el gozo de los tiempos difíciles: «Mi alma ahora está turbada, ¿y que diré? ¿Padre líbrame de esta hora? ¡Si para eso he llegado a esta hora!» (Jn. 12, 27).

Lo cual no quiere decir que el Señor busque meterse inútilmente en lo difícil o anticipar por propia cuenta su hora. «Entonces tomaron piedras para tirárselas, pero Jesús se escondió y salió del templo» (Jn. 8, 59). Esto no lo hizo para escapar a los tiempos difíciles y porque quisiera sacar el hombro a la cruz; lo hizo simplemente «porque todavía no había llegado su hora» (Jn. 7, 30).

La misma generosidad y sabiduría ante la cruz aconsejaría a sus discípulos. No les anticipa caminos fáciles. Les anuncia tiempos difíciles, pero recomienda prudencia evangélica: «Yo les envió como ovejas en medio de lobos; sean entonces astutos como serpientes y sencillos como palomas» (Mt. 10, 16).

Hay momentos particularmente difíciles en la vida de Jesús. Tal, por ejemplo, el rechazo de los suyos: «Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron» (Jn. 1, 11). Tal la división entre sus discípulos y el abandono de algunos de ellos porque les resultaba «duro su lenguaje». Debí ser éste uno de los momentos más dolorosos en la vida del Señor: «Desde ese momento, muchos de sus discípulos se alejaron de Él y dejaron de acompañarlo» (Jn. 6, 66).

Pero indudablemente la hora difícil de Jesús es la hora de su pasión. Fue deseada ardientemente por Él, anunciada tres veces a sus discípulos, fuertemente temida, pero intensamente amada y asumida: «Ya ha llegado la hora en que el Hijo del Hombre será glorificado. Les aseguro que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn. 12, 23-24).

Así nos enseña Jesús a superar los tiempos difíciles. Por su entrega incondicional al Padre en la cruz convierte la muerte en vida, la tristeza en alegría, la

servidumbre en libertad, las tinieblas en luz, la división en unidad, el pecado en gracia, la violencia en paz, la desesperación en esperanza.

Jesús no anula los tiempos difíciles. Tampoco los hace fáciles. Simplemente los convierte en gracia. Hace que en ellos se manifieste el Padre y nos invita a asumirlos en la esperanza que nace de la cruz.

Para entender cómo Jesús vivió y superó, por el misterio de la cruz pascual, los tiempos difíciles, hace falta meditar con sencillez y amor el famoso himno de San Pablo sobre la glorificación de Cristo por su anonadamiento de la encarnación, su obediencia hasta la muerte de cruz y su exaltación como Señor de todas las cosas. (Flp. 2, 6-11).

Este es el Cristo que vive hoy la Iglesia. Por eso la Iglesia – sacramento del Cristo Pascual – es en el mundo de hoy el verdadero signo de esperanza. La hizo así el Señor cuando, desde el seno del Padre, envió el Espíritu Santo prometido que inhabita, vivifica y unifica a la Iglesia Pentecostés, plenitud de Pascua, es la manifestación del señorío de Jesús y la seguridad de que la Iglesia, penetrada por el Espíritu, vencerá los tiempos difíciles.

La Iglesia prolonga en el tiempo la pasión de Cristo a fin de darle acabamiento (Col. 1, 24). El Señor lo había predicho: «Llegará la hora en que los mismos que les den muerte creerán que tributan culto a Dios» (Jn. 16, 2). Lo doloroso es esto en la Iglesia: cuando se enfrentan violentamente los hermanos, se persiguen, se encarcelan y se matan en nombre del Señor.

No es el momento de desesperar. Es el caso de recordar la frase del Señor: «En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan coraje: yo he vencido al mundo» (Jn. 16, 33).

Los tiempos difíciles se vencen siempre con la plenitud del amor, la fecundidad de la cruz y la fuerza transformadora de las bienaventuranzas evangélicas.

III. POBREZA Y ESPERANZA

«Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el reino de los cielos»
(Mt. 5, 3)

Para afrontar los tiempos difíciles – para superarlos en la fecundidad y la fuerza transformadora de la esperanza – hace falta ser pobres.